

## LAS COSAS QUE PASAN

## De la educación moderna

**P**ARA quienes esperamos la docencia, el año comienza a derrumbársenos al llegar el período de exámenes en esa masiva, no siempre perfecta, tarea de medir el aprovechamiento de un año lectivo que, por lo demás, en este país agitado, casi nunca se cumple con el apacible, deseable ritmo de trabajo. Es el momento de las comprobaciones, de los desajustes, de los mea culpa, de los balances, de las recapitulaciones, y ¡ay! también de los proyectos.

Buena parte de lo que es el país actual —pienso en sus mejores perfiles— de lo que será el país futuro —si este país tuviera el coraje de vivir en función de un futuro— depende de la obra educativa: de su enseñanza primaria que es donde está consolidado el ideario nacional mucho más férreamente de lo que por lo común se piensa; de su enseñanza secundaria que viene extendiéndose como ola gigantesca desde hace cincuenta años y de la cual quiero hablar aquí, por la simple razón de que es la parte de esta labor educativa, de la que algo conozco.

Esta enseñanza media es un fin en sí. Por suerte son muy pocos los que aún la encarar como la obligada antesala de las carreras liberales, y desde que ella se desajó de la Universidad ha ido redondeando su autonomía y buscando, progresivamente, su campo operacional propio tanto en la zona de la formación del joven ciudadano para que ingrese en lo que, con significación antropológica, se llama la cultura como en la zona de la mayor preparación técnica y mental que exigen los cometidos de una sociedad compleja y moderna. Este campo autónomo justifica que la enseñanza media no esté incluida en la órbita universitaria (aunque nada impide que la Universidad disponga, como en otros lugares, de algún instituto medio experimental) lo que no debe significar desdoblamiento del cuerpo social, sino exactamente al contrario, servicio público a los fines superiores de la sociedad.

La ácida pugna de los intereses políticos menudos, la demagogia de unos y otros, la crítica facilonja, hace perder frecuentemente el rumbo de los intereses básicos de la nacionalidad y, lamentablemente, también el sentido de responsabilidad que compete a los institutos docentes en la fijación de la política cultural. El país acaba de alcanzar el más alto presupuesto educativo de su historia e incluso crea —los técnicos dirán— un porcentaje presupuestal de inversión educativa que sólo compete con los países más desarrollados del planeta. Cómo se pagará, es otra cosa, y es posible que la inflación se coma a mordiscos apresurados, ese orgulloso porcentaje, que es un sacrificio duro que se ha impuesto la nacionalidad. Es obvio, por lo tanto, que debe aplicarse con un sentido de inversión redituable, dentro de una planificación que atienda a las necesidades más urgentes de la sociedad. Aquí, el despilfarro es homicida.

**I**NCIDE este presupuesto en una enseñanza media que ha hecho suyo en los últimos años un espíritu reformista que en sus líneas generales me parece positiva. Al margen de aciertos, descartando errores pasados y aun futuros, lo que valora es la adopción de una política dinámica que descrea de la mera repetición de fórmulas y métodos —arrojados— y que muestra un afán de búsqueda y de experimentación que se armonice con los principios de esa sociedad moderna hacia la que debe tender el país entero. Sabemos que no es la nuestra una sociedad dinámica, en tenso desarrollo, sino, al contrario, una sociedad estancada, un barco conformista que está haciendo agua por todas partes. De ahí que la enseñanza no es arrastrada por el flujo natural del cuerpo social, y en cambio debe acometer la impropia tarea de transformarse ella en la fuerza animadora, audaz, avanicista, que insufla un nuevo espíritu y nuevos propósitos a las generaciones emergentes. No por gratular afán de novedad, sino porque sus conductores tienen —deben tener— sus ojos puen-

tos, no en el hoy, sino en el mañana, en el país que debe construirse, (yo diría que pronto, porque el impulso mundial nos va dejando atrás, como un paisaje abolido) y que ellos laboran sobre la potencialidad futura de la nacionalidad.

Si bien nuestra educación media nació bajo las directivas mundiales de la modernidad, tendiendo a los niveles de eficiencia y de especialización que exige una sociedad en desarrollo, también padeció y sigue padeciendo de idiosincrasia conservadora, de ineficiencia y, sobre todo, de bajos niveles de exigencia. Hemos prescindido, desde el comienzo, del tipo de estudios clásicos en base a la enseñanza del griego y el latín, pero los alumnos que concluyen el ciclo medio siguen sin poder —no digo hablar— ni siquiera leer correctamente en francés o inglés, que son los idiomas modernos que hemos adoptado. La educación tiende a anquilosarse en torno a temas, valores, problemas, de por sí muy respetables y aun admirables, pero de bastante escasa capacidad operativa en un medio que cada día exigirá más eficiencia, más aplicación rendidora.

**E**N estos días he estado revisando la nueva serie de los textos de historia que utilizan los estudios secundarios franceses, y he experimentado no poca vergüenza. No me refiero en particular a su mayor nivel de exigencia aunque ya ella da motivo para dolerse: no hay motivo visible para decretar que un estudiante uruguayo sea menos capaz de un punto de vista intelectual que un francés. Más me ha avergonzado ver en qué medida ellos, los del país amigo y tradicional, están más en la modernidad que nosotros, los del país hispano que toven y pujante. Los dos últimos años del ciclo medio se consagran al estudio, el primero del mundo entre 1789 y 1848, (de la Revolución Francesa al Manifiesto comunista) y el segundo, de 1848 a 1914. Me compré el volumen destinado a historia de las "clases terminales, propedéutico y clases preparatorias a las Grandes Escuelas", y en él estoy aprendiendo muchas cosas. Lo firmaron Baille, Brandel y Philippe y su tema es El mundo actual. Mientras los alumnos de 18 años en nuestro país vuelven a estudiar Edad Media y Renacimiento, los de la misma edad en Francia estudian un libro de más de quinientas páginas dedicado a analizar el mundo contemporáneo de 1914 a nuestros días. En este mismo sentido algún profesor de historia nacional ha insistido en que si bien nadie pone en duda la importancia del magisterio uruguayo y su lección permanente, es penoso que sean legión los alumnos que emergen de preparatorios conociendo muy bien la Patria Vieja, pero ignorando todo de lo que pasó desde 1910 a nuestros días, o sea el Uruguay moderno.

Lo mismo podríamos decir en Literatura (donde sin embargo hay esfuerzos renovadores como los nuevos exámenes) de examener a nuestros alumnos de 18 años les enseñamos Homero, Virgilio, Biblia, Dante, Shakespeare y al año siguiente otra vez Homero, Virgilio, Biblia etc. al punto de que cuando un alumno lee Beckett cree entrar en un continente aparte. Y es verdad: un buen sector de la enseñanza corresponde a un mundo aparte de aquel en que opera normalmente el educado y él participa de una comedia bien acicalada en la que no cree mucho. Estoy hablando de Humanidades, y sé que en Ciencias el problema se agrava, aunque aquí el espíritu reformista intenta una recuperación, eso que debería ser la consigna total de la enseñanza: el ingreso al mundo moderno, actual, a los problemas a que estamos enfrentados y a los que vamos crecer y que deberán afrontar estos jóvenes que hoy pasan por las aulas. No se me oculta la dificultad de la tarea, las remoras que deben ser vencidas, los prejuicios y los conformismos contra los que hay que luchar, pero hoy más que nunca hay que razonar diciendo que el país no tiene otro capital redituable como no sea la mayor preparación intelectual, técnica, de sus jóvenes generaciones.

Angel Rama